de las personas que asistían, en cuya lista figuraba su nombre; sin embargo, no era conocido en Veracruz y, por lo mismo, no se facilitaba su captura; pero no faltó un desgraciado que desempeñara el triste papel de Júdas, para enseñarlo.

Permaneció algunos días en Veracruz, y en ellos escribió una carta á D. Francisco Gil, en que le habló de que me había convertido en excéptico político.

Mas tan pronto como se supo que Antonio Vela se pronunció en Alvarado, apoderándose de uno de los vapores de guerra, guarda costas, que allí se encontraba, fué aprehendido en la casa del Sr. Dr. Anastasio Iturralde, como sus compañeros mártires, la fatal noche del 25 de Junio de 1879, y fusilado en la madrugada.

¡ Qué terribles momentos serían los últimos de la pobre víctima, al pasar por su imaginación, su esposa, sus inocentes hijos, sus amigos, el mundo de sus ilusiones, todo acabado de un golpe y sin razón, puesto que en Veracruz nada se había movido, nadie se había pronunciado, es decir, no existía delito y se imponía la última pena, el último suplicio, sin las garantías tutelaras de la justicia humana!

Así acabó uno de los jóvenes que se opusieron al fusilamiento del General Santa-Ana en el año de 1867, sin que hubiera quien se opusiera al suyo. Las balas atravesaron su cuerpo, y concluyó todo en este mundo, para el joven de talento, de porvenir lisonjero, que dejó esposa y siete hijos pequeños en la mendicidad.

Sus amigos se comprometieron á pasarle una men-

sualidad por tres años á su familia, siendo yo el que se suscribió por mayor suma mensual.

D. Manuel Heredia Argüelles y el que esto escribe, nos apersonamos á implorar la caridad de las gentes en favor de la familia Albert, y obtuvimos un resultado mejor del que esperábamos. A cuantos pedimos nos dieron dinero, no solo personas del Estado, no solo de la República, sino hasta del extranjero. Todos los donativos los pusimos en manos de la Sra. viuda.

En la actualidad el hijo primogénito del Dr. Albert, se está educando en París, bajo la generosa protección de D. Antonio Zaldívar.

¡Que la sangre de nuestro inolvidable amigo y sus compañeros mártires, derramada sin piedad, sirva para que no se repita en la República, el crimen de que fueron víctimas!

CAPITULO XXXVIII.

CONCLUYE LA OBRA.

H E hablado de los motivos de la guerra contra el Imperio, de la conspiración hecha para llevarla á cabo, del principio de la guerra, de las acciones que se libraron y de los recursos empleados en la campaña; he hablado de las disposiciones del General en Jefe, de los Jefes secundarios que las ejecutaban y del éxito maravilloso con que lo hacían; pero no me he ocupado directa-

mente de la tropa, de los soldados, de esos héroes ignorados, que con el mayor desinterés, cuando oyen la voz de la patria, sin hablar, forman su lío, se lo echan á las espaldas, se presentan en el cuartel, toman el fusil, entran en formación, y marchan, sin averiguar á donde van, con quién han de combatir, qué distancia deben caminar, cuál es el número del enemigo, ni de qué vivirá su familia entretanto.

Pues estos héroes, humildes hasta el punto de no saber ellos mismos que lo son, dan existencia á la guerra, porque forman las columnas, que salen de sus masas, y porque, como dice Alejandro Dumás: «la gente hace la guerra.» El General da sus disposiciones, pero ¿quién las ejecuta, dándoles vida y completando lo que falta en ellas en la práctica, lo imprevisto, lo que sólo se puede conocer en el terreno, en el momento de obrar? Sin embargo, se concluye la jornada, y los elogios, las ovaciones, las guirnaldas son para los Jefes, para los que tal vez no vieron el campo de batalla, para los que sin salir de su tienda comieron y bebieron durante el combate; pero nada para la tropa que anduvo leguas, corrió para llegar á la primera paralela, donde le aguardaba el enemigo á balazos y á cañonazos, pasándose el día sin comer ni beber, sufriendo sin número de penalidades, clareadas sus filas por las balas homicidas, sin poder amparar al infeliz que cayó herido, sin despedirse del que muere y sin descansar en la jornada, hasta oir el toque de diana en señal de la victoria.

En la guerra contra el Imperio, el soldado fué voluntario, carecía de paga y se batía á todas horas, siendo sepultado por sus compañeros, donde caía muerto, aunque se ignorase después el lugar de su sepultura. Morían á centenares los soldados, sin quien llevara cuenta del número de los muertos, y sin que aguardaran el consuelo de alguna recompensa, porque nunca la tiene el soldado. Si un Jefe muere en la guerra, se le hacen honores militares y se le señala pensión á su familia, en tanto que la familia del soldado, las más veces, no sabe si le dieron sepultura, ó si fué pasto de las aves de rapiña: mas, solo sabe que murió, porque concluida la guerra no volvió á su casa, sin que persona extraña vuelva á acordarse de él, por mucho que su esposa y sus hijos lo lloren en silencio.

Sin embargo, ese héroe ignorado ejecutó acciones grandes y nobles, durante la campaña y en la batalla en que murió, porque con su instinto prodigioso adivinó dónde estaba la emboscada é hizo que la evitara el Jefe, para que no cayera en ella la columna. Antes que recibiera auxilio el punto que debía ser atacado por sorpresa, se deslizó como el reptil sobre la arena, alcanzó la fortificación y la asaltó, á costa de su vida, siguiendo su ejemplo los demás, quienes disfrutan del placer de la victoria alcanzada, según los periódicos y los discursos, gracias á la sabiduría de las disposiciones del Jefe superior, sin acordarse de la heroicidad sublime del soldado, que con su sangre conquistó la corona del triunfo, colocada en otras sienes.

La tropa llamada con propiedad carne de cañón está acostumbrada á que no se le tome en cuenta, á que no se le considere para nada; pero no por eso deja de

hacer los mismos sacrificios, cada vez que se presenta la ocasión de servir á la patria. Y estamos tan acostumbrados á esos sacrificios, que casi no llamó la atención, que Nabor Garrido, antiguo liberal del barrio de la Mejorada, y tres compañeros suyos, enviados al castillo de San Juan de Ulúa, por desafectos al Imperio, se hubiesen presentado en el campamento de la Mejorada, cuando el sitio de Mérida, fugados de Veracruz, y hecho el viaje por tierra, á pie, atravesando ríos y desiertos, sin dinero y sin alimentos; mas al fin, al cuarto mes de camino, de amargura y de mil penalidades, pisaron el suelo de Mérida y llegaron al campamento ofreciendo sus servicios, como si hubiesen hecho la cosa más natural y sencilla del mundo.

Ese entusiasmo silencioso, ese heroismo ignorado, esa abnegación sin ejemplo, no se encuentra en las otras esferas sociales, donde impera el orgullo, la ambición y el egoismo. Por eso, si estuviera en mi mano hacerlo, levantaría un monumento en honor de los soldados, de la clase de tropa que murió en la guerra contra el Imperio. A ese monumento le daría por nombre "El altar de la Concordia," porque realmente ésta debe reinar, allí donde la igualdad es perfecta, donde no hay aspiraciones, donde está la abnegación de sí mismo, donde se hizo el sacrificio de la vida por amor á la patria, sin esperar premio ni recompensa.

Y en ese altar estaria representado el verdadero pueblo, el desinteresado, el que forma las muchedumbres. En ese altar se irían á inspirar los héroes, los poetas y todos los hombres de corazón, porque en ese lugar no más se encontaría la verdadera grandeza y el amor á las nobles y santas acciones.

Si hoy no se puede hacer, tal vez algún día se haga; y entonces la clase humilde de los soldados será honrada y empezará á tener compensación en sus sacrificios, sirviendo "El altar de la Concordia" de lazo de unión para los patriotas, para los liberales, y se reunirán al rededor de él, para saber su número y el valor de sus fuerzas consagradas á la conquista de hechos y días de gloria, dedicados al suelo que los vió nacer.

Mientras tanto, héroes ignorados que habeis dado la vida por la patria, recibid de mi parte este pobre recuerdo, que os dedico con el alma, con el corazón, para que no quedeis olvidados, y siempre haya quien os imite, y nunca falten soldados valientes que defiendan las instituciones liberales de la República.

FIN.

